



Revista Venezolana de Orientación

APARTADO 628
CARACAS

AÑO 25 - No. 242
FEBRERO 1962

Una Revolución más Profunda que el Marxismo

Hace un mes escribíamos: La juventud reclama revolución. Hoy podemos añadir: Una revolución más profunda que el marxismo. La afirmación sonará a paradoja impresionista; o tal vez, a lo que en España se llamó en pasados decenios: tremendismo. Sin embargo, nada de uno u otro truco empaña nuestra proposición, como tendremos ocasión de demostrarlo.

LA REVOLUCIÓN LIBERAL-CAPITALISTA

No vamos a regatear al marxismo un carácter de auténtica revolución.

También lo fue el capitalismo, hijo en lo político, de la revolución liberal y, en lo económico, de la invención de la máquina de vapor y el gigantesco desarrollo técnico.

En la Revolución Francesa quedaron barridos los gremios y corporaciones. Quedaron liberados los siervos de la gleba. Nació una nueva sociedad entre vivas a la libertad y proclamaciones de los derechos del hombre. Quedaron rotas las cadenas religiosas —las normas morales del cristianismo—, quedaron abolidos los privilegios de los monarcas, de los aristócratas y del clero. Triunfaba la burguesía; y sus magníficas banderas revolucionarias del momento fueron: Libertad, Derechos del Hombre; Igualdad ante la Ley; Gobierno del Pueblo por el Pueblo.

La clase burguesa cumplió sin duda en la época revolucionaria y en los primeros tiempos de su triunfo una misión social importante. Así lo proclama Marx en El Manifiesto Comunista. Creó riqueza nacional y fue la impulsora del progreso técnico para el mejor aprovechamiento de los bienes de la naturaleza. "En su domicilio escasamente secular, escribía Marx, la burguesía ha creado fuerzas de producción más gigantescas e importantes que las creadas por todas las generaciones anteriores juntas... La burguesía ha realizado cosas más maravillosas que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas".

Pero la burguesía, olvidada de sus brillantes consignas de Los Derechos del Hombre, se arrebujó cómodamente en el egoísmo individualista; y, a base del principio de libertad económica, la ley de la oferta y la demanda y el férreo axioma capitalista: "Máximo beneficio con el mínimo gasto", inició una era de explotación del hombre por el hombre, que es émula del régimen de esclavitud. Y nació una nueva clase social: el proletariado.

Digamos mejor, nació la división de la sociedad en dos clases sociales: burguesía y proletariado. La burguesía con su máximo pecado: la sobreestimación de la riqueza como supremo bien con olvido de los valores, los derechos y deberes del espíritu; y la concentración de los bienes de producción en manos de los más hábiles e inescrupulosos. Y el proletariado, el gran burlado de la revolución liberal, igualmente hambriento de bienes materiales, privado de ellos por el monopolio de la riqueza por los poderosos, sin seguridad, sin descanso, esclavo del salario, sujeto a las fluctuaciones de la oferta y la demanda.

FUERZA Y DEBILIDAD DE LA REVOLUCION MARXISTA

Fue mérito de Marx —escaso de originalidad en sus ideas filosóficas y económicas— el recoger, dar cohesión y forma en 1848 al clamor de protesta que se elevaba del proletariado.

El programa fue sencillo: Como objetivo final: La sociedad sin clases. Como medios: Abolición de la propiedad privada. Organización de las clases proletarias, aniquilamiento del dominio burgués, conquista del poder político por los proletarios.

Así como el liberalismo heredó del cristianismo los conceptos de libertad e igualdad, el marxismo robó al cristianismo las banderas de fraternidad y justicia social. Pero les añadió algo que los cristianos no podemos admitir: materialismo, odio, venganza y ateísmo.

Heredó del capitalismo el colocar como supremo bien la prosperidad económica. Capitalismo y Marxismo coinciden en supeditar la persona humana a la economía. Para nosotros es lema fundamental: No es el hombre para la economía; sino la economía para el hombre.

El Marxismo hizo suya una actitud humana de fuerzas estremecedora: el espíritu de revancha. Ante las condiciones inhumanas de trabajo, ante la opulencia y el lujo de los privilegiados, la masa proletaria siente, no sólo una sorda envidia, sino también un ardoroso deseo de venganza. Y el marxismo ofrece un objetivo y señala un cauce a esta actitud: el aniquilamiento de los burgueses y la conquista del poder por los trabajadores. Alguien ha escrito acertadamente que desde el punto de vista meramente humano este espíritu de revancha coloca a los marxistas en una posición de clara ventaja en relación con los católicos. Los cristianos podemos ofrecer la justicia pero nunca la venganza.

En cambio en la esencia misma de la revolución; es decir, en el cambio de estructuras, el marxismo se queda a medio camino. No pasa de ser corolario, una última forma del capitalismo.

Hemos señalado la primera de las coincidencias. El capitalismo comenzó borrando todas las trabas morales y proclamando que la sociedad se regía por principios exclusivamente económicos. Marx coincidió con este principio. Para él la historia de la humanidad es la historia de la economía. El materialismo manchesteriano es padre del materialismo marxista.

Por otra parte el régimen de empresa de los marxistas no se diferencia sustancialmente del régimen capitalista. El capitalismo, en esencia, consiste en la separación del Capital y del Trabajo. Esta separación persiste en la empresa marxista. El empresario capitalista —individuo o sociedad anónima— ha sido sustituido por la comunidad, por el Estado. La pretendida desaparición de la propiedad privada es un fraude. Los nuevos detentadores de los bienes de producción, los nuevos capitalistas no son entes de razón —Estado, comunidad— sino personas concretas que administran el Estado o han asaltado el poder.

Inocentemente se ha caído en la más cruel, en la última y más feroz de las formas del capitalismo: el Capitalismo del Estado.

LA VERDADERA REVOLUCION: LA CRISTIANA

La revolución no consiste tanto en la forma de realizarla cuanto en el contenido de transformación que conlleva. Por eso los verdaderos revolucionarios son los sembradores de ideas; no los demagogos brillantes; ni siquiera los generales victoriosos. La revolución marxista, con más pirotección, es menos profunda que la revolución cristiana.

La revolución cristiana tiene como fundamentos: la primacía del espíritu sobre la materia, el destino del hombre a la vida sobrenatural; la dignidad de la persona humana; el destino fundamentalmente social de los bienes de la tierra; la primacía del derecho a la vida sobre el derecho de propiedad para la defensa de la libertad del hombre y para el estímulo en el trabajo; la preocupación del Bien Común; fin del Estado.

Esta revolución no puede ser calificada de modernismo, ni acusada de afán de novedades o actitudes teatrales. Se trata de una revolución que nos exige nuestra fidelidad a los principios cristianos. Una revolución urgente si no queremos quedar sepultados en el aluvión marxista.

En nombre del más puro cristianismo, no podemos estar de acuerdo con la actual concepción de las empresas; son injustos los privilegios del capital que llevan aparejado el desprecio del trabajo en la producción de riquezas; no podemos estar de acuerdo con el actual concepto de la propiedad, porque permite a los que la sustentan, no sólo el uso social y moderado de la riqueza; sino el abuso, el despilfarro, la ostentación, el lujo; frente a la miseria y la indigencia en la mayoría; no estamos de acuerdo con los principios indi-

vidualistas que permiten a cada uno vivir mirando sólo hacia sí despreocupado de su prójimo; tampoco estamos con el materialismo ambiental que ha dado la vuelta a los fines del hombre arrinconando la necesidad de su salvación eterna a una necesidad de última hora para dedicar toda su vida, todas sus fuerzas y todas sus aspiraciones a la acumulación de bienes materiales... No estamos conformes con un cristianismo superficial e individualista, severo únicamente en materia de moral de costumbres, defensor de la familia y de la honestidad de la mujer, defensor de la propiedad privada y del orden público... Un catolicismo de normas morales negativas (no matarás, no robarás, no fornicarás); pero escaso de la caridad, que estimula a obrar... Un catolicismo en fin, tibio, dulcemente tibio y perfectamente compatible con la comodidad, el enriquecimiento y el materialismo ambiental" (Ignacio Fernández de Castro. "Del Paternalismo a la Justicia Social", Madrid 1956)

En nombre del más puro cristianismo reclamamos una transformación radical del mundo capitalista.

En nombre del más puro cristianismo afirmamos igualmente frente a la sociedad marxista: No estamos conformes con la desaparición de la propiedad en manos de la comunidad o del Estado. En primer término porque ello supone el sacrificio de la libertad, como lo ha expresado categóricamente el Papa Juan XXIII en la Mater et Magistra:

"...la historia y la experiencia atestiguan que, en los regímenes políticos que no reconocen el derecho de propiedad privada de los bienes incluso productivos, son oprimidas y sofocadas las expresiones fundamentales de la libertad; por eso es legítimo deducir que éstas encuentran garantía y estímulo en aquel derecho." En esto halla su explicación el hecho de que ciertos movimientos político-sociales que se proponen conciliar y hacer convivir la justicia con la libertad, y que eran hasta ayer netamente negativos respecto al derecho de propiedad privada de los bienes instrumentales, hoy, más plenamente informados sobre la realidad social, revisan la propia posición y asumen, respecto a aquel derecho, una actitud sustancialmente positiva."

Es de enorme interés este párrafo de la Mater et Magistra. Alude en ella Juan XXIII al viraje de los socialistas de muchas naciones, particularmente a los demócrata-sociales de la Alemania Occidental, que se han emancipado de la tutela de Carlos Marx.

En segundo término porque la empresa marxista no es una nueva estructura, sino la más execrable forma de la empresa capitalista. El capital sigue separado del trabajo. El empresario capitalista ha sido sustituido por el empresario Estado, o los hombres que lo representan: el más insensible, despersonalizado e inhumano de los empresarios.

La solución no está en la desaparición de la propiedad privada; sino en la multiplicación de los pequeños y medianos propietarios.

La estructura de la vida agraria quedará transformada cuando logremos multiplicar los pequeños y medianos terratenientes, vinculados entre sí para la explotación, compra y mercadeo en forma de cooperativas, como aconseja Juan XXIII. Con ello desaparecerían el latifundio y el minifundio.

La estructura de la empresa industrial y comercial se transformará gradualmente: primero, por la participación más justa de los trabajadores en las utilidades de la empresa; segundo, por su acceso al nombramiento y vigilancia de la Gerencia por medio de comités paritarios; y definitivamente cuando, por medio de Contrato de Sociedad, los obreros pasen del carácter de asalariados a socios y copropietarios de la empresa. Todos estos pasos están previstos y aconsejados en las Encíclicas Sociales de los últimos Pontífices. Al llegar a esta última etapa, al Contrato de Sociedad, queda eliminada la esencia misma del capitalismo; la separación del Capital y del trabajo. Meta que no ha intentado alcanzar el marxismo. Y es una de las más contundentes demostraciones de la superioridad de nuestra revolución social.

Vamos al logro revolucionario de un Mundo Mejor, de un Orden Nuevo, donde los ricos serán menos ricos y los pobres, menos pobres. Donde la dignidad de la persona humana prime sobre el afán del lucro de los beneficios materiales. Donde el odio, árbol venenoso, que nunca podrá dar buenos frutos, sea sustituido por el amor fraternal de hijos de un mismo Padre. Un mundo mejor, ciertamente posible, frente a la utopía comunista de la sociedad sin clases.

Cristo, la Iglesia, los principios morales nos reclaman con urgencia esa revolución, mucho más profunda y radical, y por lo mismo mucho más difícil y heroica que la revolución marxista.

M. A. E.